



Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo integrador final

*Producción de subjetividad en la época actual: coordenadas de lectura
psicoanalíticas sobre infancias, pantallas y relaciones
intergeneracionales.*

Modalidad de presentación: Ensayo

Autora: Suarez, Candela

Legajo: S-5711/8

DNI: 41602792

Nombre del docente responsable: Sara Gomez Carmana

Año: 2026

Agradecimientos

A mi familia, especialmente a mi mamá, mi papá y mi hermana, por la paciencia y apoyo incondicional, por sostenerme en los momentos difíciles y confiar en mí incluso cuando yo dudaba.

A mis amigas y amigos, por estar siempre, por escuchar, contener y ser parte de cada etapa de este recorrido, tolerando las ausencias y festejando cada logro.

A mis mascotas, por haber sido mi fiel compañía durante largas horas de estudio y lecturas, regalándome su presencia y cariño. Imposible no hacerlas parte de esto.

A Soledad, por su escucha, por acompañarme a atravesar dudas y miedos, y por enseñarme, en ese proceso, a confiar en mí.

A Sara y Sebastián, por el cálido acompañamiento en la escritura de este trabajo.

A la Universidad Nacional de Rosario y a la Facultad de Psicología, por alojarme todos estos años. A mis docentes, por su transmisión, por sembrar preguntas y habilitar nuevos modos de pensar, por la formación brindada.

índice

1.Resumen	3
2. Introducción	4
3.Desarrollo	6
3.1 La producción de subjetividad y la función del Otro	6
4.2 Infancia, familia y producción de subjetividad en la modernidad.....	8
3.3 Las infancias y la producción de subjetividad en la época actual: pantallas y transmisión intergeneracional.....	11
4. Conclusión.....	17
5. Referencias bibliográficas	19

1. Resumen

En el presente ensayo, se pretende realizar una posible lectura sobre los modos de producción de subjetividad en las infancias en la época actual. Para esto, se propone en primer lugar analizar las nuevas formas de producción de subjetividad en las infancias contemporáneas, atendiendo fundamentalmente el lugar de los adultos, las mutaciones en la transmisión intergeneracional y el impacto de las tecnologías digitales. La hipótesis sostiene que la producción de subjetividad infantil se ve modificada en relación con dichas transformaciones, en articulación con cambios en las funciones adultas. El desarrollo se organiza en tres momentos: en primer lugar, se abordan aportes del psicoanálisis sobre la producción de subjetividad y la función del Otro; en segundo lugar, se analiza la infancia como construcción histórica y social de la modernidad, y el papel de la familia en la transmisión; y, finalmente, se examinan las transformaciones contemporáneas ligadas al consumo, las pantallas y las plataformas digitales y sus efectos en los vínculos intergeneracionales. Si bien las pantallas no constituyen un problema en sí mismas, su incidencia se vincula con las condiciones en las que se integran en la experiencia infantil. En este sentido, se destaca la importancia de la presencia y la mediación adulta, así como la necesidad de sostener tiempos de encuentro que habiliten experiencias subjetivantes en la infancia.

Palabras claves: producción de subjetividad- infancias- relaciones intergeneracionales – función adulta -pantallas.

2. Introducción

El presente Trabajo Integrador Final (TIF) propone una posible lectura respecto a los modos de producción de subjetividad actuales, poniendo el foco en la subjetividad infantil y el lugar que ocupan los adultos en dicha operatoria. A partir de ello, interesa interrogar cuáles son los nuevos modos de producción de subjetividad en las infancias y por qué la presencia de los adultos es fundamental. Por otro lado, surgen algunos interrogantes secundarios, como si es posible pensar que la incorporación de las pantallas en la vida familiar contemporánea implicaría un nuevo modo de producción de subjetividad en la infancia, y de qué manera se pone en juego lo intergeneracional en las nuevas formas de vincularse entre padres e hijos.

Para intentar responder a estas preguntas, el posicionamiento teórico del psicoanálisis es propicio, ya que la constitución del psiquismo infantil, comprendida desde la perspectiva freudiana, muestra cómo el aparato psíquico no es algo dado de entrada, sino que se constituye en la articulación entre lo heredado, lo transmitido y lo vivido. Esto permite inferir que la subjetividad se construye en la intersección de lo biológico, lo social y lo cultural en el entramado de una historia vincular singular.

En relación con esto, los cambios que ha sufrido la familia y la crianza responden a transformaciones culturales, económicas y sociales. A pesar de los cambios epocales, la familia sigue siendo un soporte fundamental para la subjetivación, actuando como intermediaria entre el sujeto y la cultura. Sin embargo, parece haber un aumento de consultas clínicas vinculadas a dificultades parentales para acompañar y sostener los conflictos del crecimiento infantil y para ejercer su rol de manera diferenciada. Vivimos en una sociedad en movimiento, dispersa, impulsiva, consumista, una sociedad de la inmediatez, en donde las experiencias digitales y la sobreestimulación a la que están expuestos los niños, junto con la rapidez de los cambios sociales, pueden generar abismos generacionales y relaciones más simétricas entre padres e hijos. Esto compromete tareas esenciales de la parentalidad, ya que son agentes subjetivantes pero operan en condiciones inestables e inciertas, donde tienen pocos puntos de referencia en común con las experiencias de sus hijos.

En este sentido, el presente ensayo sostiene la hipótesis de que la producción de subjetividad en la época actual se ha modificado, en parte como resultado de transformaciones en las relaciones intergeneracionales y en las funciones adultas, así como por la creciente presencia de pantallas en la vida cotidiana de las infancias.

En primer lugar, se desarrollan algunos aportes teóricos del psicoanálisis en torno a la producción de subjetividad y la función del Otro. A partir de los planteos de Bleichmar y Sibilia, se aborda la distinción entre constitución del psiquismo y producción de

subjetividad, entendiendo a esta última como un proceso histórico, político y cultural. A su vez, se tomarán autores como Freud en donde se destaca la importancia del vínculo con el otro en los primeros momentos de la vida, así como el papel del lenguaje, la cultura y las figuras adultas en la constitución psíquica de niños y niñas.

En segundo lugar, se intenta interrogar cómo la infancia se constituye como una categoría histórica y social, y cómo, a partir de la modernidad, la familia adquiere un papel central en los procesos de socialización y transmisión cultural. En este marco, se examina el rol de la familia como institución encargada de introducir a los niños y niñas en un entramado simbólico de normas, valores y significaciones, participando activamente en los procesos de producción de subjetividad.

Finalmente, se abordan algunas transformaciones propias de la época contemporánea, caracterizada por la centralidad del consumo, el marketing y las tecnologías digitales. Se sitúa e interroga cómo las pantallas y las plataformas digitales comienzan a ocupar un lugar cada vez más significativo en la vida cotidiana de las infancias, interviniendo en los modos de interacción, de circulación de contenidos y de producción de subjetividad. Asimismo, se analizan los efectos de estos cambios en los procesos de transmisión intergeneracional, considerando las tensiones que surgen en torno al rol de las figuras adultas en el acompañamiento y la regulación de las experiencias digitales de niños y niñas.

3.Desarrollo

3.1 La producción de subjetividad y la función del Otro

Para comenzar, Silvia Bleichmar (2010) diferencia entre dos conceptos: constitución del psiquismo y producción de subjetividad. Esta última es de orden político e histórico. En cada sociedad hay un proyecto de producción de subjetividad que, mediante modos históricos de representación, determina el modo en que las sociedades constituyen sujetos que sean admisibles al sistema, de tener un lugar en su interior. Es decir, la manera en que se conforma la singularidad humana, situada en el entrecruzamiento de universales necesarios y relaciones particulares que transforman y modifican las singularidades en cada momento histórico y a su vez las instituyen. En este sentido, la subjetividad es un producto histórico, y está determinada por las mutaciones históricas, políticas y culturales (Bleichmar, 2009).

En esta misma línea, Sibilia (2008) sostiene que factores políticos, económicos y socioculturales dejan huella en la conformación de los cuerpos y las subjetividades, ya que promueven determinadas formas de ser en el mundo y se inhiben otras. Retomando a Bleichmar (2009), la producción de subjetividad en términos históricos regula las configuraciones del deseo, puesto que, desde el yo, modula los enunciados que permiten al sujeto adecuarse a lo que la sociedad considera coherente consigo misma, dando lugar a la construcción de valores y jerarquías que organizan la realidad. A lo largo de la historia, esta producción de subjetividad es regulada por los centros de poder que definen el tipo de individuo necesario para conservar el sistema político y económico que prima en cada época. Es por ello que el presente ensayo parte de la premisa de que la producción de subjetividad infantil en la actualidad se ha ido modificando producto de las transformaciones en las funciones adultas y en los modos de transmisión intergeneracional, así como por la creciente presencia de pantallas en la vida cotidiana de las infancias.

Desde el psicoanálisis se plantea que, en los primeros años de vida, la localización, la disposición del cuerpo y la presencia del Otro adquiere un carácter decisivo en la constitución psíquica. Los niños y las niñas requieren de la asistencia de otros para estar vivos, así como para construir su subjetividad. En este sentido, sólo en condiciones excepcionales puede el sujeto sustraerse a los lazos que lo unen al Otro. Ya que, según teoriza Freud en la vida anímica, el otro se presenta de manera constante como modelo, objeto, auxiliar o adversario (Freud,1979).

Estas consideraciones permiten situar algunos interrogantes: ¿Por qué se habla de la centralidad del vínculo con el otro? ¿Cómo acontece el proceso de constitución del psiquismo en la infancia?

La presencia del adulto funciona como andamiaje que sostiene y organiza el mundo simbólico durante la constitución del psiquismo infantil. Su propia intención de autoconservación moviliza su inconsciente y refleja tanto su historia singular como las formas socialmente compartidas de relacionarse con el mundo. Al intervenir en la vida del recién nacido, el adulto no solo cubre necesidades biológicas, sino que establece las condiciones para la construcción de un mundo representacional que estructura la experiencia y permite al sujeto dar sentido a la realidad. En este proceso, el lenguaje ocupa un lugar central: no se limita a un sistema de comunicación, sino que es lo que permite organizar la experiencia, darle sentido (Bleichmar, 2009).

En relación con ello, en *Esquema del Psicoanálisis* (1986), Freud trabajó la constitución del superyó, y sostuvo que, durante el período de infancia el sujeto se encuentra en una condición de dependencia respecto de sus padres y esto deja como efecto la conformación en el yo de una instancia particular. Esta no sólo testimonia esa dependencia inicial, sino que también asegura la permanencia y transmisión de la influencia parental en la vida psíquica del individuo. Dicha influencia parental, no sólo remite a quienes ejercen dicha función, sino que, a través de ella se ponen en juego tradiciones familiares, ideales venerados socialmente, mandatos culturales, la raza, pertenencia a un pueblo, e incluso los requerimientos del medio social que esas figuras parentales subrogan. De este modo, tanto el *ello* como el *superyó* representan las huellas del pasado: el *ello* los del pasado heredado, filogenéticamente, y el *superyó* las del pasado asumido a través de los otros. En tanto el yo se organiza a partir de lo que el propio sujeto ha experimentado, es decir, lo contingente y actual.

Este planteo freudiano permite pensar cómo la constitución del aparato psíquico no se sostiene únicamente en las vivencias singulares del sujeto, sino también en aquello que lo precede y lo trasciende. El *ello*, como depósito de lo heredado, y el *superyó*, como inscripción de las marcas transmitidas por los otros y por la cultura, muestran que la subjetividad se construye en una trama que articula lo filogenético, lo histórico y lo social. En este marco, el yo aparece como la instancia que debe negociar entre estas determinaciones del pasado y las experiencias contingentes de la actualidad, encarnando el lugar donde se juega la tensión entre lo heredado, lo transmitido y lo vivido. En este contexto, la cultura, es entendida por Freud como el conjunto de normas y operaciones que separan la vida humana de la de nuestros antepasados animales, protegiendo al hombre frente a la naturaleza y regulando la convivencia social. Esta se inscribe en el aparato psíquico a través del *superyó*, evidenciando que la subjetividad implica interacción entre los mandatos sociales y las huellas singulares (Freud, 1986).

En este punto, resulta pertinente retomar a Freud en la *Conferencia 22* (1986), quien introduce la noción de *series complementarias* para dar cuenta de que la constitución

psíquica, y en particular, la causación de neurosis, no responde a una causalidad única, sino al entrecruzamiento de factores constitucionales, experiencias infantiles y circunstancias actuales, que se articulan de manera singular en cada sujeto.

4.2 Infancia, familia y producción de subjetividad en la modernidad

El concepto de infancia tal como se lo comprende en la actualidad, como la etapa inicial de la vida con valor y características propias, es una construcción histórica y social. Durante largos períodos históricos, como la Antigüedad y la Edad Media, la infancia no existía como una etapa diferenciada del desarrollo, no se reconocía su vulnerabilidad ni sus necesidades afectivas, lo que se traducía en prácticas que iban desde el descuido y la negligencia hasta formas extremas de violencia, como el infanticidio (Bruner, 2019).

La transformación significativa en la manera de concebir a la infancia comenzó en el Siglo XIX, cuando diversos procesos sociales contribuyeron gradualmente a que esta etapa de la vida adquiriera relevancia. A diferencia de épocas anteriores, distintas instituciones sociales comenzaron a interesarse por la infancia, otorgándole un reconocimiento y un estatus que modificaron el anterior desinterés. De este modo, los niños y niñas pasaron a ocupar un lugar central tanto en la familia como en la sociedad. La distinción entre el niño y el adulto como sujetos claramente diferenciados se consolidó inicialmente en los sectores aristocráticos. Por el contrario, en las clases populares esta diferenciación resultó más difusa durante un período prolongado, dado que la infancia tendía a acortarse cuando, a edades tempranas, los niños debían integrarse a actividades laborales (Bertaccini, 2017).

Uno de los factores que impulsó este cambio fue el desarrollo y expansión de la *Revolución Industrial* (fines del siglo XVIII y mediados del XIX). Este proceso generó la necesidad de formar y educar a niños y jóvenes con vistas a su futura inserción productiva. Carli (1999) plantea que comenzó a instalarse la idea de una proyección hacia el futuro en sus trayectorias vitales, lo que implicaba pensar la infancia en continuidad con la vida adulta. El niño se convirtió en objeto de inversión, en la medida en que se lo reconoce como portador y continuador del futuro. En el marco de esta nueva manera de pensar la infancia, Rousseau ocupa un lugar central. En su obra *Emilio*, la infancia es concebida principalmente a partir de la figura de un niño varón, perteneciente a la burguesía europea. Allí se reconoce al niño como un ser débil y dependiente. La percepción de la fragilidad infantil, junto con la importancia otorgada a las tareas de amamantar, cuidar y educar a los niños, contribuyó a reorganizar las relaciones familiares dentro de la burguesía. Los reformadores de la época promovieron el matrimonio basado en el afecto, aunque siempre dentro de los límites de la igualdad social, y sostuvieron la regulación de la sexualidad en el marco de la monogamia. Al mismo tiempo, plantearon normas más estrictas en las

relaciones entre padres e hijos, configurando una vida familiar más centrada en los niños, con el objetivo de favorecer su desarrollo (Bertaccini, 2017).

Asimismo, es posible distinguir diferencias claras entre las familias burguesas, las pertenecientes a los sectores populares y las de la nobleza. En el caso de la familia burguesa, se establece una fuerte alianza entre la madre y los nuevos especialistas: como médicos, pedagogos o educadores que adquieren un importante poder disciplinador. A través de esta relación, ambas partes refuerzan mutuamente la legitimidad de sus funciones sociales. En cambio, en los sectores populares la dinámica resulta diferente, ya que el Estado interviene de manera más directa en las prácticas de regulación y control. En este contexto, las madres de clases bajas no eran reconocidas como interlocutoras legítimas por parte de los especialistas, lo que limitaba su participación en la definición de las prácticas de crianza y educación (Bertaccini, 2017).

En la Modernidad se incorporan a los lazos sociales formas de clasificación binaria, sostenidas en criterios considerados científicos, que ordenan las diferencias. Entre ellas se destaca la instauración de una división entre un adentro y un afuera, que delimita el ámbito de la intimidad y distingue lo privado de aquello que pertenece al espacio público. Foucault (2002) nos permite pensar a la familia burguesa tradicional que surge en la modernidad como un dispositivo que participa en la regulación y el control de las conductas. En el marco de la sociedad moderna, la familia no solo cumple funciones afectivas o de cuidado, sino que también se inscribe dentro de un conjunto de instituciones que organizan y normativizan la vida social. De este modo, a través de prácticas cotidianas, normas y formas de vigilancia, la familia interviene en la producción de sujetos acordes a determinados órdenes sociales.

Asimismo, hacia la segunda mitad del siglo XIX, la pedagogía, con la escolaridad obligatoria, se consolidó como una disciplina de gran influencia, no sólo en la formación técnica sino también en la difusión y regulación de determinados estándares culturales. La educación pasó entonces a ser considerada un asunto estratégico, vinculado al desarrollo económico, político y social de los Estados-Nación (Bruner, 2019).

A partir de lo desarrollado, se observa como la infancia no puede pensarse como una categoría universal ni como una representación natural e invariable. Por el contrario, se trata de una construcción histórica y social que se configura en función de determinados contextos culturales, políticos y económicos. En este sentido, las distintas formas de concebir la infancia también se encuentran atravesadas por las desigualdades sociales, ya que las experiencias, expectativas y prácticas vinculadas a la niñez varían según la posición que las familias ocupan en la estructura social. En este sentido, autoras como Carli (1999) postulan que, más que de infancia en singular, corresponde hablar de infancias, atendiendo a la multiplicidad de trayectorias posibles.

Si la infancia puede pensarse como una construcción histórica y social, tomaremos los conceptos psicoanalíticos a modo de herramienta para reflexionar acerca de la familia.

Por su parte, Lacan (2012) define a la familia como un grupo natural de individuos, ligados por una doble relación biológica: la reproducción, que aporta los miembros del grupo, y las condiciones del entorno requeridas para el desarrollo de los niños y niñas, cuya continuidad depende de que los adultos asuman la función de garantizar dichas condiciones. Al mismo tiempo, nos dice que la familia es una institución cuyo papel privilegiado es la transmisión de la cultura, a su vez desempeña un papel primordial en la educación temprana, en la regulación de los impulsos y en la adquisición del lenguaje, conocido como lengua materna. En este sentido, participa activamente en los procesos centrales de la constitución del psiquismo, transmitiendo patrones de comportamiento y formas de representación que exceden el ámbito de la conciencia. Así, la familia puede pensarse como una institución fundamental en la producción de subjetividad, en tanto introduce a los niños y niñas en un entramado simbólico de significaciones que interviene en la constitución del sujeto.

Siguiendo con esta idea, Peusner (2020), retoma el planteo lacaniano, destacando lo irreducible de la transmisión familiar. Sea como sea que la familia este organizada, no puede no transmitir. El modo de transmisión al que hacemos referencia tiene que ver, no solo con la herencia biológica, si no con la puesta en juego de operaciones simbólicas, un deseo que se pone en juego.

En consonancia con este planteo, pensar la familia, tal como lo propone Bleichmar (2008), supone concebirla como un entramado de lazos de filiación en el que la relación entre los niños y niñas y los adultos se organiza a partir de una asimetría constitutiva de saber y poder. Esta desigualdad implica una responsabilidad específica para el adulto: la de poner un límite a su propio goce. Es allí donde la función adulta adquiere un valor estructurante, en tanto la introducción de límites y legalidades no solo incide en la constitución psíquica de los niños y niñas, sino que se inscribe en los procesos sociales y simbólicos que hacen posible la producción de subjetividad. En este sentido, la construcción de legalidades no puede pensarse como una operación unilateral, sino como un proceso que se juega en el *entre*, en el vínculo mismo entre los adultos y los niños y niñas, donde dichas legalidades se instituyen, se transmiten y se recrean.

Por su parte, Freud (1986) nos permite seguir pensando la dinámica en los lazos familiares, ya que afirma que, durante el desarrollo, el distanciamiento gradual de la autoridad parental representa una de las transformaciones más necesarias, aunque también más complejas y dolorosas. Se trata de un proceso indispensable para el crecimiento del sujeto, y se considera que, en cierta medida, toda persona que alcanza una

constitución psíquica esperable ha debido atravesarlo. En sus palabras: “el progreso de la sociedad descansa, todo él, en esa oposición entre ambas generaciones” (p.217).

En este marco, observamos como la familia moderna se consolidó como un espacio, un dispositivo, fundamental en la transmisión de legalidades y en la regulación de los vínculos entre generaciones, participando de manera decisiva en los procesos de producción de subjetividad infantil. Sin embargo, como se mencionó en la premisa de este trabajo, en las últimas décadas han emergido nuevas mediaciones culturales que inciden reconfigurando en estas dinámicas de transmisión y dando lugar a transformaciones en los modos de producción de subjetividad infantil.

3.3 Las infancias y la producción de subjetividad en la época actual: pantallas y transmisión intergeneracional

A comienzos del siglo XXI puede advertirse una transformación en las condiciones de producción de subjetividad. Autores como Bauman (2003) señalan que se ha debilitado la instancia que durante gran parte de la modernidad funcionó como principio organizador de la vida social: el Estado. En ese marco, puede pensarse un pasaje desde un paradigma centrado en el Estado, como instancia capaz de ordenar, regular y otorgar estabilidad a las instituciones, hacia un paradigma regido por la lógica del mercado.

Desde esta perspectiva, Lewkowicz (2006) sostiene que no se trataría simplemente de una crisis o deterioro de las instituciones, sino más bien del agotamiento de la forma institucional tal como se estructuraba en torno al Estado como instancia meta institucional que garantizaba su consistencia. En este sentido, más que el derrumbe de edificaciones antes sólidas, lo que se produce es una transformación del propio suelo sobre el cual estas se sostenían, se da una licuación de las condiciones que las hacían posibles.

Por consiguiente, el pasaje de una sociedad organizada en torno a la solidez institucional hacia otra caracterizada por la fluidez, implica nuevas coordenadas para la experiencia social y para la producción de subjetividad. En este punto, se vuelve posible retomar la hipótesis planteada, en tanto las transformaciones propias de la época actual permiten pensar que la producción de subjetividad infantil se encuentra reconfigurada en articulación con cambios en las funciones adultas y en los modos de transmisión intergeneracional, y la creciente incorporación de las pantallas en la experiencia infantil.

Esta transformación implica también una variación en el modo de concebir el lazo social. Mientras que en el paradigma anterior las relaciones se articulaban entre ciudadanos que compartían una historia, instituciones y un horizonte común, en la actualidad los vínculos tienden a organizarse entre consumidores que intercambian bienes, servicios e información dentro de redes de mercado cada vez más amplias.

Simultáneamente, Sibilia (2008) da cuenta de cómo se ha producido una mutación en relación al ámbito público- privado. En la época actual pasamos de lo íntimo a lo extimo, exhibiendo la vida privada al alcance de todos en la red.

En este contexto de transformación de lo social, Lewkowicz (2006) da cuenta de que también se modifica la figura que funcionaba como soporte del lazo social. Durante la consolidación de los Estados-Nación, especialmente a partir del siglo XIX, la figura central era la del ciudadano. Sin embargo, en el escenario contemporáneo esta figura pierde centralidad y emerge con otra fuerza: la del consumidor, en el marco de un orden social cada vez más organizado por la lógica del mercado.

De acuerdo con los postulados de Vasen (2025) el marketing puede pensarse también como un dispositivo productor de subjetividad y, en cierta medida, como un actor que interviene en los procesos de crianza. Su presencia extendida en la vida social no se limita únicamente a la promoción de bienes o servicios, sino que también transmite valores, ideales y modos de comportamientos que atraviesan distintos ámbitos de la vida cotidiana. A través de eslóganes, campañas publicitarias y estrategias de comunicación diseñadas para captar la atención, el marketing apela con frecuencia a la inmediatez y a la impulsividad, promoviendo determinadas formas de desear y de actuar.

En otras palabras, el capitalismo contemporáneo se caracteriza por la centralidad del consumo, el marketing y la circulación constante de información a través de redes y medios de comunicación. En consecuencia, la empresa comienza a consolidarse como una institución modelo cuyo espíritu tiende a impregnar distintos ámbitos de la vida social. De este modo, se promueve un fuerte énfasis en el rendimiento individual, la competitividad y la búsqueda permanente de productividad. A diferencia de los dispositivos disciplinarios propios de la modernidad, que evaluaban las conductas en términos de normalidad o desviación, actualmente predominan criterios asociados al costo-beneficio y a la capacidad de destacar frente a los demás. A su vez, la expansión de los medios de comunicación y de las tecnologías digitales contribuye a configurar un entorno cultural en el que las pantallas adquieren un lugar central como espacios de visibilidad y circulación de contenidos. En estas condiciones socioculturales se inscriben las experiencias de niños y niñas, atravesadas por lógicas de mercado, rendimiento y exposición mediática (Sibilia, 2012), lo que permite pensar que las condiciones de producción de subjetividad infantil se ven modificadas en relación con estas transformaciones.

En lo que respecta a las infancias, diversas estrategias comerciales se orientan específicamente a captar a niños y niñas como consumidores. En este sentido, resulta difícil esperar que las familias puedan sostener sólidamente o con firmeza posiciones de límite frente a estas demandas, dado que las estrategias publicitarias están diseñadas precisamente para intensificar el deseo por determinados objetos. Actualmente, el

marketing suele dirigirse a la familia como un todo, buscando generar experiencias de consumo compartidas entre adultos y niños, donde la oferta constante de objetos, imágenes y satisfacciones inmediatas tiende a proporcionar ofertas para el deseo antes de que surja la demanda.

De este modo, se configura una particular articulación entre la producción de subjetividad y las lógicas del consumo. En los entornos digitales, los sujetos ya no ocupan únicamente el lugar de consumidores de contenidos, sino que también pasan a desempeñar un rol activo como productores de aquello que circula en las plataformas (Vasen, 2025).

De igual manera, Bloj (2025) da cuenta de que las pantallas adquieren un lugar central como mediadoras de nuevas formas de lenguaje y de interacción. A través de ellas, niños y niñas no solo acceden a contenidos organizados por lógicas algorítmicas, sino que también participan activamente en su circulación y producción. De este modo, las pantallas se convierten en espacios donde se entrelazan el consumo y la generación de contenidos, habilitando que los propios usuarios produzcan aquello que luego será compartido en las plataformas digitales.

En la época actual, la construcción de la subjetividad se encuentra profundamente atravesada por la presencia de pantallas y aplicaciones -como las redes sociales- que forman parte de la vida cotidiana de niños y niñas. Estos procesos se configuran en la intersección entre las lógicas de mercado que estructuran el funcionamiento de las plataformas digitales y las formas singulares en que cada sujeto utiliza, interpreta y se apropia de ellas en su experiencia singular (Vasen, 2025; Bloj, 2025; Fainboim, 2025).

A partir de lo anterior, se abre la pregunta por el lugar de la familia en la actualidad. Más que pensarse como una institución primordial sostenida por el Estado, la familia parece configurarse en condiciones de mayor inestabilidad, donde los marcos que antes organizaban los lazos de parentesco y las prácticas de cuidado y crianza se encuentran debilitados. Sin embargo, esto no implica que haya dejado de constituirse como un espacio fundamental en la producción de subjetividad, sino que dicha función se ejerce en un escenario atravesado por la incertidumbre, sin el amparo de una instancia estatal que garantice de antemano su consistencia (Lewkowicz, 2006).

En la actualidad, y en línea con la premisa inicial, muchos niños y niñas comienzan a transitar los entornos digitales a edades cada vez más tempranas y, con frecuencia, de manera relativamente solitaria. Esta situación también se inscribe en las transformaciones que atraviesan a las familias contemporáneas. Las personas que crían se encuentran frecuentemente atravesadas por exigencias cada vez más grandes, vinculadas a la productividad y al rendimiento. A esto se suma, en muchos casos, un contexto económico que intensifica estas demandas, dando lugar a agendas recargadas, situaciones de

pluriempleo y una consecuente reducción del tiempo disponible para la crianza, el juego y la presencia que requieren los niños y niñas.

En este contexto de sobrecarga y exigencia constante, las pantallas suelen aparecer como un recurso accesible y de fácil disponibilidad para gestionar los tiempos cotidianos. En ausencia de redes de apoyo y dispositivos de cuidado, durante las horas dedicadas al trabajo, al estudio o a las tareas domésticas, las pantallas pueden llegar a ocupar un lugar similar al de un *cuidador virtual/ chupete electrónico*, procurando el entretenimiento y la atención de los niños y niñas (Fainboim, 2025).

En relación con estas transformaciones, se vuelve necesario considerar los cambios en los procesos de transmisión entre generaciones. Vasen (2025) plantea que actualmente nos encontramos con una *crisis en la capacidad adulta de transmisión*, producto de que los discursos tradicionales —parentales, escolares, estatales y religiosos— han perdido parte de su eficacia y legitimidad simbólica. Esta crisis permite retomar los interrogantes sobre la familia, ya que la misma debe pensarse desde una *asimetría protectora*, definida por la responsabilidad del adulto hacia los niños y niñas (Bleichmar, 2008).

En este sentido, la inestabilidad en las prácticas de crianza y educación, descrita por Vasen (2025), refleja una dificultad para sostener esa asimetría necesaria entre las generaciones. En consecuencia, se dificulta la construcción de referencias sólidas entre las mismas. Al mismo tiempo, el autor sostiene que estos lugares de referencia son ocupados por otras figuras, como por ejemplo *influencers*.

En la actualidad, muchos adultos parecen encontrarse en una posición de cierta perplejidad frente a las experiencias que atraviesan hoy los niños y niñas. Las generaciones adultas no cuentan en su propia historia con vivencias equivalentes a las que hoy forman parte de la vida cotidiana de las infancias, como por ejemplo la presencia permanente de dispositivos digitales o teléfonos celulares. Esta aceleración de los cambios históricos amplía la distancia entre generaciones, generando dificultades para que los adultos puedan establecer referencias claras desde las cuales orientar, acompañar o regular ciertas prácticas. En este marco, la función adulta puede verse desdibujada, lo que dificulta la capacidad de establecer límites y responsabilidades en el vínculo con las nuevas generaciones (Bloj, 2011).

De acuerdo con la hipótesis inicial, estas transformaciones permiten pensar que los procesos de transmisión intergeneracional adquieren características particulares en la actualidad. Las referencias y experiencias que históricamente funcionaban como base para orientar a las nuevas generaciones ya no resultan equivalentes a las que atraviesan niños y niñas hoy. De este modo, los vínculos entre generaciones se reconfiguran en un escenario donde los adultos continúan ocupando un lugar fundamental en la transmisión,

aunque muchas veces deban hacerlo frente a experiencias que no formaron parte de su propia historia, lo que incide en la reconfiguración de las funciones adultas en los modos de acompañamiento y regulación de la experiencia infantil.

Consecuentemente, comienzan a circular representaciones que ubican a la infancia como una etapa caracterizada por una mayor autonomía -en relación a las capacidades que le son propias - o autogestión -en torno a poder autorregularse-, donde los niños y niñas aparecen como sujetos particularmente competentes en ciertos saberes, especialmente vinculados al uso de tecnologías. Sin embargo, estas miradas pueden derivar en lecturas que atribuyen a la infancia rasgos de excesiva autonomía.

En relación con lo planteado anteriormente, puede retomarse la noción de *nativos digitales* para dar cuenta de las diferencias generacionales en el vínculo con la tecnología. Este concepto, propuesto por Marc Prensky, alude a las generaciones que crecieron en entornos atravesados por tecnologías digitales y que, por ello, presentan una mayor familiaridad con dispositivos y plataformas. En contraposición, las personas adultas suelen ser pensadas como *inmigrantes digitales*, es decir, sujetos que no se formaron inicialmente en ese entorno de pantallas. Esta idea es interesante, porque sitúa también una diferencia con respecto al uso de la tecnología entre generaciones, entre adultos y los niños y niñas (Fainboim, 2025).

Sin embargo, la idea de que niños y niñas serían naturalmente competentes en el uso de tecnologías puede tener como efecto el corrimiento de las figuras adultas del acompañamiento en sus experiencias digitales. Al suponerse que las infancias poseen de manera innata las habilidades necesarias para desenvolverse en el uso de las pantallas y plataformas digitales, muchas veces los adultos quedan en una posición de incertidumbre respecto de cómo intervenir o acompañar estos procesos, por ello puede inferirse que los niños y niñas quedan solos frente a esta manera de estar del adulto.

Frente a esta situación, es posible sostener que más allá de los cambios tecnológicos y culturales, la tarea de la crianza continúa encontrando en las figuras parentales un rol insustituible en los procesos de constitución subjetiva, ya que participan tanto en la inscripción erógena y simbólica de la experiencia infantil como en la elaboración y resignificación de aquello que se inscribe. No obstante, en la actualidad estas inscripciones ya no dependen exclusivamente de la mediación familiar, sino que se ven cada vez más atravesadas e influenciadas por la sociedad, la cultura y la época en la que vivimos (Vasen, 2025).

De este modo, las infancias contemporáneas se constituyen en un entramado en el que intervienen simultáneamente la familia, las tecnologías y las lógicas de consumo propias de la época. En función de lo planteado, las pantallas y plataformas digitales adquieren un lugar cada vez más significativo en la producción de subjetividad infantil en

articulación con las transformaciones en las funciones adultas y en los modos de transmisión intergeneracional.

A partir de este recorrido, se vuelve necesario interrogar el tipo de vínculo que niños y niñas construyen con el entorno digital. Si bien el recorrido permite advertir los riesgos de una exposición temprana y en soledad, surge una pregunta central: ¿El problema radica en la pantalla en sí misma o en la ausencia de una función adulta que medie y otorgue sentido a esa experiencia? ¿Qué lugar están ocupando hoy los adultos en estas experiencias? En esta línea, cabe preguntarse: ¿cómo pensar formas de uso de las pantallas que se sostengan en el acompañamiento y la mediación adulta, más que en la prohibición?

4. Conclusión

En el presente ensayo, se abordaron los modos de producción de subjetividad en la infancia en la época actual, con especial énfasis en el lugar de los adultos, las transformaciones en la transmisión intergeneracional y la creciente presencia de pantallas en la vida cotidiana.

En primer lugar, se ha situado que la producción de subjetividad no es inmutable, sino un producto histórico y social. En este sentido, y tal como se ha desarrollado a lo largo del trabajo, la infancia tampoco puede ser pensada como una categoría dada, ni universal, sino como una construcción histórica y social, cuyas características se modifican en función de las condiciones de cada época. En este marco, la creciente presencia de pantallas y plataformas digitales reconfigura tanto las experiencias infantiles como las condiciones en las que los adultos ejercen sus funciones de crianza, transmisión simbólica, cuidado y sostén de la experiencia infantil. La transición de una sociedad de ciudadanos a una de consumidores, descrita por Lewkowicz (2006), ha modificado el suelo donde se asientan los vínculos. En este contexto, la familia ya no opera bajo el amparo de un marco estatal que garantice su función, sino que debe producir subjetividad en condiciones de mayor fluidez e incertidumbre.

De este modo, pueden pensarse algunas conclusiones parciales. En primer lugar, la producción de subjetividad en la época actual se ha visto modificada en relación con las transformaciones en los vínculos intergeneracionales y la creciente presencia de pantallas en la vida cotidiana de las infancias. Sin embargo, el recorrido realizado permite complejizar esta afirmación, en tanto pone en evidencia que dichas transformaciones no pueden atribuirse de manera lineal a las pantallas, sino que se inscriben en un entramado más amplio que incluye las lógicas de mercado, las condiciones histórico-sociales y las mutaciones en las relaciones intergeneracionales dando lugar a vínculos más inestables y, en ocasiones, más simétricos.

En segundo lugar, el problema no radica en las pantallas y plataformas digitales en sí, sino en las condiciones en las que estas se introducen en la experiencia infantil, específicamente en relación con la presencia o la ausencia de una figura adulta que medie entre ellas y los niños y niñas. En este sentido, lejos de quedar desplazados por las tecnologías, los adultos continúan ocupando un lugar central e insustituible en los procesos de producción de subjetividad infantil. El desafío no radica en excluir las pantallas, sino en reinscribirlas en un entramado de vínculos, tiempos y sentidos que posibiliten experiencias subjetivantes. Es por ello que la función adulta puede pensarse como una presencia que acompaña, metaboliza las vivencias, orienta y habilita la emergencia de dichas experiencias.

En este contexto, la psicología, y en particular el psicoanálisis, se posicionan como campos capaces de ofrecer herramientas para pensar estas transformaciones. Más que indicar modos correctos de uso o dar tips, su aporte radica en habilitar espacios de escucha y diálogo que permitan a los adultos interrogar sus prácticas de crianza y construir modos singulares de acompañamiento. Desde un enfoque preventivo, se busca propiciar la *asimetría protectora* que propone Bleichmar (2008), entendiendo que hoy lo preventivo no radica simplemente en restringir el uso de las pantallas, sino en fortalecer la capacidad mediadora del adulto. La prevención radica, en gran medida, en evitar la soledad de los niños y niñas en los entornos digitales y en no otorgarles excesiva autonomía, habilitando y promoviendo la presencia adulta y los espacios de escucha. Desde la práctica profesional se destaca la necesidad de pensar en la construcción de un *tiempo otro*, en donde las infancias y los adultos que las acompañan no queden completamente capturados por la lógica de mercado y de la inmediatez.

Finalmente, cabe señalar que la complejidad de la temática abordada excede los alcances de este ensayo. Lejos de pretender dar una respuesta acabada, las reflexiones aquí desarrolladas buscan constituirse como un punto de partida para seguir pensando las transformaciones en la producción de subjetividad infantil en la época actual. Quedan abiertas posibles líneas de indagación vinculadas, por ejemplo, al papel de otras instituciones como la escuela, en el acompañamiento de las infancias; a las nuevas formas de parentalidad que se configuran en este contexto, así como al diseño e implementación de políticas públicas orientadas al cuidado, la regulación y el acompañamiento de las experiencias digitales en las infancias. Asimismo, resultan relevantes problemáticas actuales que conmueven a las infancias como apuestas online, ciberbullying y grooming y las mutaciones del vínculo con pares mediado por las pantallas.

De ahí que se invite a sostener abiertas las preguntas que permitan acompañar, desde la práctica profesional, los cambios que atraviesan a las infancias y a quienes las acompañan.

5. Referencias bibliográficas

- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Bertaccini, A. (2017). La infancia como construcción histórico-social. En S. Grimblat. & A. Santi (Comps.), *Prácticas de salud y educación (Parte I)*. Editorial Laborde.
- Bleichmar, S. (2008). *Violencia social, violencia escolar: De la puesta de límites a la construcción de legalidades*. Centro de Publicaciones Educativas y Material Didáctico.
- Bleichmar, S. (2009). *La subjetividad en riesgo* (2.^a ed.). Topía Editorial.
- Bloj, A. (2011). Educação, cidadania e subjetividade. En *Psicanálise, educação e diversidade*. Fino Traço.
- Bloj, A. (2025). *Jugar en la virtualidad: Laberintos digitales, cuerpos en pausa: El día y la noche como continuidad*. Centro de Publicaciones Educativas y Material Didáctico.
- Bruner, N. (2019). La demanda parental en la actualidad y su relación con la historia de la infancia. *Intersecciones: Revista de la Facultad de Psicología de la UBA*, 9(31), 19-21.
- Carli, S. (1999). La infancia como construcción social. En S. Carli (Comp.), *De la familia a la escuela: Infancia, socialización y subjetividad*. Santillana.
- Fainboim, L. (2025). *Cuidar las infancias en la era digital: Uso de pantallas, pornografía, apuestas, acosos y prevención desde la familia y la escuela*. Centro de Publicaciones Educativas y Material Didáctico.
- Foucault, M. (2002). Tomo I: La voluntad del saber. En *Historia de la sexualidad*. Siglo XXI Editores.
- Freud, S. (1979). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras completas*. Amorrortu.
- Freud, S. (1986). Conferencia 22: Algunas perspectivas sobre el desarrollo y la regresión. Etiología. En *Obras completas*. Amorrortu.
- Freud, S. (1986). El porvenir de una ilusión. En *Obras completas*. Amorrortu.
- Freud, S. (1986). Esquema del psicoanálisis. En *Obras completas*. Amorrortu.
- Freud, S. (1986). La novela familiar de los neuróticos. En *Obras completas*. Amorrortu.
- Guattari, F. & Rolnik, S. (2006). *Micropolítica: Cartografías del deseo*. Traficantes de Sueños.

- Janin, B. (2012). *El sufrimiento psíquico en los niños: Psicopatología infantil y constitución subjetiva* (4.^a reimp.). Centro de Publicaciones Educativas y Material Didáctico.
- Lacan, J. (2012). Los complejos familiares en la formación del individuo. En *Otros escritos*. Paidós.
- Lewkowicz, I. (2006). *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Paidós.
- Peusner, P. (2020). *Del ideal de familia a la crianza desproporcionada: Un recorrido que el psicoanálisis lacaniano ilumina* [Video-intervención]. Conversatorio de la Asociación Argentina de Psicología Jurídica y Forense, Buenos Aires, Argentina.
- Sibila, P. (2008) *La intimidad como espectáculo*. Fondo de Cultura Económica.
- Sibilia, P. (2012). *¿Redes o paredes? La escuela en tiempos de dispersión*. Tinta fresca.
- Vasen, J. (2025). *Generación algoritmo: El desánimo y la ansiedad en la telaraña digital*. Centro de Publicaciones Educativas y Material Didáctico.